

primitiva del cristianismo apostólico se exaltaba hablando de la absoluta fraternidad. Fuiste tú aquel proletario moscovita que divagando por los blancos bulevares vivió jornadas de éxtasis con el triunfo de la Revolución. Pero dicen que la realidad tiene sus fueros, pobre amigo, sonámbulo del ideal, y

cuando manda la realidad, todos concuerdan, entre un ceremonioso trueque de sonrisas, de retratos y de autógrafos, en que es cabalmente la «oblo-mofchina» lo único que estorba sobre la corteza de este viejo planeta...

(*La Libertad*, Madrid).

Una obra pedagógica

POR FELIX LORENZO

HE aquí unos libros recién editados; obritas deliciosas que, sin embargo, a uno le causan amargura. Son la vanguardia de una nueva colección que empieza a publicar Calpe bajo el común denominador de «Libros de la Naturaleza». Se llaman: «Los animales familiares», «El mundo alado», «Los animales salvajes», «El mundo de los minerales», «La vida de la tierra» y «El mundo de los insectos». La palabra *mundo*, tan sonora y profunda, se repite en ellos, como veis, con una insistencia llena de sugestión, como una reiterada promesa de universalidad, de amplitud de ideas, de enseñanza desinteresada. Son cuadernos de un centenar de páginas—a ínfimo precio—salpicados de fotografías y dibujos y envueltos en unas cubiertas que Bagaría, metido ahora, con sumo éxito, a naturalista divulgador, ha cuajado de policromías encantadoras. Los han escrito, anifiándose, unos señores sabios para quienes el infinito hervidero de la vida terrestre no tiene secretos casi; los ha pintado un artista de alma infantil, inspirado por la dicha de, una vez siquiera, no verse obligado a pintar para los hombres. Son una imagen de la Ciencia, que se ha vestido con ropa ligera de bellos colores y viene a decirnos, sonriente y acogedora: «Dejad que los niños se acerquen a mí».

¿Y por qué he dicho que estos tomitos tan lindos y atrayentes le dan a uno amargura? ¿Por qué, siendo tan gustosos y amables, nos producen un poco de rejeleo, como si regustásemos un dolor desvanecido? Para encontrar la razón de este contrasentido hay que volver los ojos muy atrás y ponerse el dedo en ciertas cicatrices espirituales que duelen todavía.

Al *Buscón*, por la sola virtud de ser taimado, le otorgó su maestro el privilegio de palmetear a sus discípulos; este era el sistema pedagógico de los tiempos de Quevedo. Siglos más tarde, hubo un estudiante de latín, que era yo: me lo enseñaba un sacerdote dándome bastonazos en el cráneo y tirones de las orejas; éste era el sistema pedagógico de finales del si-

glo XIX; se distinguía del de los tiempos de Quevedo en que los maestros ya no pegaban por delegación. El *Buscón* salió de su escuela de Segovia sin saber bien escribir; yo salí de la mía con la cabeza más dura y las orejas más largas y pensando que el saber era una dura penitencia impuesta por Dios a los niños revoltosos.

¿Cuántos españoles de mi edad conservarán recuerdos más gratos de su primera enseñanza, ni aun de sus estudios de primera juventud? ¿Cuántos, al acercarse a la edad madura, no sienten la fatiga y la desolación del que ha pasado en caminar por un desierto los mejores años de su vida? ¿Y qué les queda ya sino seguir como ciegos y sordos por un mundo lleno

de maravillas que ellos ya no pueden admirar ni comprender?

Los pedagogos modernos, como el cultísimo profesor don Lorenzo Luzuriaga, que dirige la publicación de estos «Libros de la Naturaleza», quieren evitar a los hombres de mañana este acerbo dolor y esta vergüenza que sentimos los niños de ayer; quieren despertar en ellos desde ahora la idea de que el saber es dulce y noble y de que la dicha de vivir no existe para el hombre que no puede entender el mudo lenguaje de las cosas que le rodean.

Tal es la misión que estos tomitos tan pulcros, tan alegres, tan sencillos, van a cumplir suavemente, afablemente, como una voz amiga que, en tono menor, va suscitando nuestra curiosidad por el placer de satisfacerla. Más que de enseñar a los niños, se trata de sugerirles el deseo de aprender; más que de imponerles ideas hechas, de infundirles el hábito de buscar la verdad por cuenta propia. Es como entreabrir ante sus ojos asombrados las puertas de un mundo más rico en magias y misterios que cuanto puede inventar la fantasía humana, y decirles: «Podéis pasar: eso tan bello lo ha hecho Dios para que lo veáis de cerca; es el palacio encantado donde vais a pasar la vida».

(*El Sol*, Madrid).

CARLOS A. CASTELLANOS

San José, marzo de 1922

A don Joaquín García Monge

P.

QUISIERA poder enviarle con el San Francisco, una noticia crítica que dejara en el ánimo de quienes la leyesen, una idea justa de la obra de Carlos Alberto Castellanos—el pintor uruguayo que se ha impuesto en un medio artístico como el de París y a quien se le ha comprado un *panneau* decorativo para el Museo de Luxembourg. Me habría gustado que reprodujera en su «Repertorio» una página de José Francés, si mal no recuerdo, que sobre Castellanos se publicó hace unos cuantos años en «La Esfera», con motivo de una exposición que celebrara en Madrid, pero no pude encontrarla.

¿De la emoción personal que sentí cuando visité su taller, qué le diré? Fue una de esas emociones de arte que perduran, que tal vez, para goce del pensamiento, no se borran nunca.

Tiene cuadros de motivos paraguayos como aquel de «Vendedoras de

loras», lienzos de Mallorca, la isla maravillosa del Mediterráneo, en la cual el sol parece deleitarse, y en unos y en otros la mirada tiene una fiesta de belleza fuerte. Recuerdo también una exquisita portada para «Las Flores del Mal», que habría hecho sonreír, llenos de complacencia, los labios irónicos y crueles de Baudelaire.

Y en su estudio, rodeada de sus cuadros, la alta figura del artista, tan alta y tan sólida, que siempre me hizo pensar en una de aquellas nobles torres medioevales, en la que sus ojos son como dos niños asomados a elevadas ventanas, que otean con amor la vida. Sí, sus ojos infantiles que piden sin saberlo que se ponga confianza y ternura en el respeto y la admiración despertados en el alma por su obra y su figura.

¿En cuanto al San Francisco del aguafuerte que Ud. reproduce, no lo hace pensar en los ingenuos y grandes pintores primitivos?

Lo saluda

CARMEN LIRA